

IV. Cualidades del Nicaragüense

Positivas

a) Facilidad verbal para comunicarse y viva imaginación

En otro orden de ideas, el nicaragüense goza de atributos positivos en su carácter, que forman su personalidad básica,⁸ lo que a su vez es consecuencia de una mente colectiva⁹.

Por ejemplo, a la facilidad para comunicarse verbalmente del nicaragüense, a su viva imagen, fantasiosa y mitómana. Esos rasgos convierten al nicaragüense en poeta, orador, vendedor, negociador, improvisador, cuentista. De todos ellos, el más frecuentado es el de “poeta” cultivado por todas las clases sociales y a cualquier edad.

Para algunos observadores, esas expresiones literarias constituyen compensación psicológica gratificante, un estado de gracia que tranquiliza, un escape honorable a la desesperanza en que viven en una especie de crónica anestesia mental.

8 Uno de los primeros intentos de tratar el problema del individuo y su entorno socio cultural, lo efectuó el antropólogo Ralph Linton y el psicólogo Abraham Kardiner. Ese concepto de personalidad básica fue desarrollado por primera vez por estos investigadores. *The Arab Mind*, Raphael Patai, pág.

9 Edit. Charles Scribners sons, New York, 1976.

9 Para empezar, debe admitirse que cualquier afirmación acerca de una mente colectiva es, por necesidad, una abstracción. Concretamente, sólo hay mentes individuales (caracteres o personalidades). Más aún, por el mismo orden de ideas sólo hay cuerpos individuales a pesar de lo cual nos referíamos.

Para otros, esa actitud extrovertida es producto del ambiente cargado de intensos y variados elementos excitantes, que mandan en nuestra sensibilidad, como los colores intensos, la atmósfera transparente y cálida, ruidos de todas clases, temperatura húmeda y sofocante, naturaleza exuberante, eventos trágicos (terremotos, sequías, inundaciones), además de un paisaje pleno de lagos y volcanes, paisajes multicolores, gente que habla a gritos con grandes ademanes, empleando expresiones exageradas o sea, un ambiente tropical cargado de estímulos.

b) Voluntario al trabajo rudo

Como contrapartida, el nicaragüense acepta el trabajo rudo y sin complejo; dispensa hospitalidad, generosidad, solidaridad familiar, trato sencillo interpersonal y notoria capacidad para ajustarse a situaciones difíciles. Eso se comprueba con la gran cantidad de emigrantes nicaragüenses que en Costa Rica trabajaron arduamente en el campo de haciendas bananeras y cafetaleras. También las incluimos a oleadas de nicaragüenses que se fincaron en los EE.UU. desempeñando muchas veces los trabajos más duros, sin que nunca hayan retrocedido a cumplir con sus deberes. Ese rasgo está vinculado con el espíritu aventurero del nicaragüense, capaz de asimilarse en cualquier parte del mundo frente a difíciles situaciones de privación, huyendo de las limitaciones de su país. Ver Arab Mind. Raphael Patai, pág. 16. Edit. Charles Scribners sons. New York, 1976.

Por su parte Salvador Mendieta, un clásico estudioso de la mentalidad centroamericana, asegura que el centroamericano y por consiguiente, el nicaragüense, "participa de las siguientes cualidades: valor cívico, por el cual nuestro pueblo tiene poco temor a la muerte y a los peligros.

Es además generoso, pues entrega sin dificultad lo que se le pide. lo que revela fuerza juvenil, organismo vigoroso; caridad en la mujer, que es tierna y delicada, caritativa en todo y para todos; fácil asimilación de lo bueno del extranjero e inteligencia viva. El centroamericano es de fácil comprensión, de facultades imaginativas despiertas; respeto a la propiedad, ya que el saqueo y el bandolerismo nunca han podido sentar sus reales en nuestro país y cuando los ha habido, estaba asociado a actos belicosos, combatividad, no obstante la pasividad a que este pueblo ha estado sometido durante largos siglos”.

c) Hospitalario, solidario con la familia

En su clásica obra *Nicaragua, su gente y sus paisajes*, el Embajador norteamericano George Squier quien visitó Nicaragua en 1849, describió la agradable experiencia que tuvo varias veces con la hospitalidad nicaragüense: «me recibían con afecto, me atendían con esmero y conversaban conmigo abiertamente, sobre cualquier asunto que les preguntaba, brindándome apetitosos alimentos preparados personalmente por la dueña de la casa, reservándome una esquina para colgar mi hamaca y disfrutar a bordo de ella de una succulenta taza de café, apenas salía el sol».

Esa hospitalidad del nicaragüense con el extranjero es un rasgo que comprobaron no sólo los marinos estadounidenses (1912 y 1932) sino los técnicos búlgaros y los asesores cubanos y soviéticos que cooperaban con la revolución sandinista. Hubo en esas épocas, muchos matrimonios de foráneos con muchachas nicaragüenses.

En cuanto a la solidaridad familiar, en cada hogar nicaragüense se encuentran alojados como huéspedes al menos tres parientes por motivos diferentes. Unos por

vejez, otros por orfandad y algunos por enfermedad. De ahí que se asegure que los hogares nicaragüenses hacen el papel de asilos del seguro social¹⁰, donde no hay cuota que pagar por ello el desempleo no se ha sentido mucho al adoptarse al necesitado.

No es raro comprobar que bajo el signo de la solidaridad familiar, convivan representativos de tres y hasta cuatro generaciones: abuelos, esposos, hijos, nietos, sobrinos, etc. No obstante, son las hijas mujeres en nuestra cultura, quienes cuidan a sus padres ancianos. Los hijos varones se marchan con sus esposas e hijos, para asumir su propia responsabilidad¹¹ una vez llegados a la edad.

Por ejemplo, a partir del siglo XVI, Inglaterra y Holanda establecieron acuerdos legales que permitían la cesión de la propiedad a grupos más amplios, como las sociedades conjuntas, las empresas por acciones o las sociedades de responsabilidad limitada. Además de permitir a sus propietarios retener las ganancias resultantes de sus inversiones, las estructuras legales de este tipo permiten

10 La familia vinculante y extensa brinda lecho y alimento a todos sus miembros, independiente de su contribución individual, de modo que tanto los indigentes como los indolentes sin distinción, son atendidos gracias a una actitud que constituye algo así como un seguro social donde los beneficiados no cotizan. Se supone que los miembros de la familia que trabajan reúnen sus ganancias para beneficio de todos, desalentándose el ahorro individual, que hubiera permitido disponer de una renta en la tercera edad. El comportamiento y la carrera (incluso el matrimonio) de sus miembros son observados y financiados por sus mayores. La lealtad hacia la familia y las responsabilidades para con ella están por encima de otras lealtades y responsabilidades. De esa forma, la familia vincula y tiende a diluir los incentivos para el trabajo, el ahorro y la inversión. Clark Kerr, John T. Dunlop, F. Harbison y C. A. Myers, *Industrialism and Industrial Man*, Harmondsworth, Pelican Books, Pág. 94., 1975.

11 Casi todos los esfuerzos económicos comienzan a partir del formato de una empresa familiar, es decir, que aquella es propiedad del clan y manejada por ésta. La unidad básica de cohesión social sirve también como fundamento para la empresa económica, dividiéndose el trabajo los esposos, hijos y parientes incluso políticos y así se va extendiendo, sucesivamente (según la cultura), hacia círculos de parentesco más amplios. La empresa familiar en los hogares campesinos fue un hecho omnipresente, tanto en las sociedades agrícolas preindustriales como en las más modernas y formó la columna vertebral de la primera revolución industrial, tanto en Inglaterra, como en los Estados Unidos. Pero la empresa familiar es sólo el punto de partida del desarrollo de las organizaciones económicas. Algunas sociedades comenzaron a encarar, desde muy temprano, otras formas de sociabilidad, que iban más allá de la familia.

que personas a quienes no unía ningún tipo de parentesco cooperarán en la creación de una empresa. El contrato y todos sus sistemas afines de obligaciones y penalidades, aplicadas a través del sistema legal, fueron capaces de establecerse, mientras forman parte de una especie de sociedad familiar dirigida por el padre, dentro de la cual se prestan gratis cierto tipo de servicios que contribuyen al ingreso del hogar¹² donde se ejerce el paternalismo en todo su esplendor, con indiscutible componente autoritario.¹³ Ello incluye la adscripción de los hijos en el partido político del jefe de la familia sin pedirle su consentimiento. Todo ese ambiente protector, que a veces incluye a tres generaciones, perjudica el rendimiento económico de esa unidad familiar,¹⁴ cubriendo el vacío dejado por la ausencia de confianza. Las sociedades anónimas en particular permitieron que las empresas crecieran en una escala mucho mayor de lo que hubiesen logrado las posi-

12 Durante décadas, los científicos sociales creyeron que existía un camino natural de desarrollo que conducía de la empresa familiar basada en la reciprocidad, hacia la corporación moderna impersonal, dirigida por una gerencia profesional y apoyada en la legislación contractual y de propiedad. En consecuencia, muchos sociólogos afirmaron que una insistencia demasiado fuerte en mantener los lazos familiares a costa de otro tipo de relaciones sociales - lo que denominamos «familismo»- iba en detrimento del desarrollo económico. Max Weber, en su libro *The Religion of China*, afirmó que la fuerte familia china creaba lo que el denominó «grilletes familiares» (vínculos familiares excesivamente restrictivos), impidiendo así el desarrollo de valores universales y los lazos sociales impersonales, necesarios para el adecuado funcionamiento de una organización empresarial moderna. Francis Fukuyama, *Confianza*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, Argentina, 1996.

13 Parece plausible interpretar el aspecto del paternalismo como un factor básico general. En buena parte se basa en el compromiso cristiano católico que obliga a quienes se encuentran socialmente mejor situados, a hacerse cargo de los intereses de los menos favorecidos. En su esencia, esta relación abarca una función protectora y de tutela que fácilmente se vincula con un componente autoritario. Hasta en la actual configuración de la sociedad latinoamericana, la relación patrón-clientela ha quedado como factor muy marcado en la interacción de las fuerzas políticas. Dominación protectora y patronaje, por una parte, apoyo y lealtad, por otra. *Cultura Política en América Latina*. Josef Thesing. Pág. 81. Edit. Konrad Adenauer, 1995.

14 Esta situación tiene su compensación porque cuando los hijos se van al extranjero envían a sus padres mensualmente parte de su sueldo a la familia que dejaron en Nicaragua ya sea para ayudar al mantenimiento del hogar y en parte, para que le guarden ahorro, que habitualmente invierten en adquirir una casa que usarán a su regreso a la patria.

bilidades de una sola familia, aunando los recursos de un gran número de inversores. Francis Fukuyama, *Confianza*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, Argentina, 1996.

Ese sentimiento de solidaridad familiar ha sido un factor importante de amparo y protección cuando ocurre algún desastre meteorológico, como acaba de suceder con el huracán Mitch y, en años anteriores, con la migración masiva de familias campesinas que huyendo de la guerra en el campo, llegaban a la capital en busca de un alero donde protegerse. Ese sentimiento de solidaridad obsesiva explica el nepotismo ampliamente practicado por los políticos.

d) Trato sencillo y amistoso:

El propósito de mantener una comunicación fácil con las personas que expresamos con la sencillez del lenguaje; asimismo exageramos los ademanes, el tono de la voz y expresión facial, para impresionar. Es una actitud con la que buscamos una aceración fácil que origine confianza. De todos esos recursos, el más impresionante, es la manera directa con que se dirige el nicaragüense a su interlocutor, en un plan de llaneza y cercanía a costa de la distancia que debe guardar para su apariencia introvertida.

La razón de ese comportamiento, a veces desenfadado o rudo, no se reconocen distancias sociales, reside en el convencimiento de que todos en Nicaragua somos mestizos y por lo tanto, no reconocemos barrera étnica que respetar. Expresiones como «hablar a calzón quitado»; «hablar sin tapujos»; «toca el punto, reflejar ese comportamiento».

En consecuencia, muchos sociólogos afirmaron que esa insistencia demasiado fuerte en mantener lazos fa-

miliares que llamamos «Familismo» a costa de otro tipo de relaciones sociales va en detrimento del desarrollo económico. Max Weber, en su libro *The Religion in China*, afirmó que la fuerte familia china creaba lo que él denominó «grilletes familiares», (vínculos familiares excesivamente restrictivos) impidiendo así el desarrollo de valores universales y los lazos sociales impersonales, necesarios para el adecuado funcionamiento de una organización empresarial moderna. Francis Fukayama, *Confianza*. Editorial Atlántida, Buenos Aires, Argentina. sobre las «raíces»; revela esa obsesión del nicaragüense por expresarse con toda claridad, para evitar confusiones o malos entendidos.

Es lo que buscamos al «vocear» a nuestro interlocutor, reservando el usted para alguien de mayor edad o de rango funcionario civil o eclesiástico, a quienes guardamos respeto.

Si hacemos referencia aquí al lenguaje del nicaragüense, no es con el propósito de analizarlo gramaticalmente, señalando los errores de dicción, o entonación, que cometemos. Lo que enfatizamos en este caso es la dimensión exclusivamente sociológica que tiene el lenguaje, como base fundamental del trato sencillo que practicamos.

Basta ir a los mercados para comprobarlo. Las vendedoras en los tramos llaman con diminutivos cariñosos a sus clientes, como si fuesen viejos amigos a quienes van a favorecer con precios especiales. Son también ejemplo las entrevistas a los medios de comunicación que conceden, a media calle, altos funcionarios del Ejecutivo, del Parlamento, del Sistema Judicial o de la Empresa Privada, sin ningún formalismo o restricción, y en un intercambio de frases dichas con toda libertad.

A ese respecto decía DE LA SELVA que siempre le sorprendió en Nicaragua, cómo la gente hace preguntas directas que van al grano, incluso embarazosas, sin miramiento al tacto y la discreción, llamando a las cosas por su nombre. Por ejemplo –agregaba– “presencí una vez a un amigo que le decía a alguien con quien conversaba: ‘ajá, ¿entonces fue a tu hermano José a quien echaron preso por estafador?’”

Como dice SILVA: “nuestra lengua, la que habla el pueblo de Nicaragua es expresiva, como propiedad natural que tiene, pues antes que todo, es esencialmente representativa. Y es lógico que así sea, porque de alguna manera nuestra manera de hablar y tratar a nuestros amigos o conocidos proyecta nuestra manera de ver al mundo que nos rodea y la manera como nos queremos que nos traten los demás. En este caso, la sencillez se manifiesta en el lenguaje”. (*Revista Conservadora* No. 93. junio 1979, pág. 68).

Por otra parte, como relata con amenidad COELLO; el «nica cuando llega a una fiesta, éste fácilmente hace un corrillo, donde con mucho desparpajo y amenidad, comienza a platicar de cualquier cosa, sin palabras rebuscadas, dándote palmaditas en el hombro, buscando tu conformidad. Por supuesto, es el héroe de lo que relata. Si está en un entierro y no es el muerto, por lo menos quiere ser quien pronuncie la oración fúnebre. Son los nicas buenos conversadores por lo chispeante de sus imágenes y metáforas, dichas siempre con gran naturalidad. Al rato de escucharlos dan la impresión de ser un viejo amigo que hacía rato no veíamos».

Esa sencillez y espontaneidad que muestra el nicaragüense en su trato y en su habla la refleja también en

sus platos preferidos sustanciosos, pero sin mucho condimento y adorno en su presentación; y también en la arquitectura y adornos de su hogar y en su traje informal de camisa o guayabera.

Otro escenario donde el nicaragüense (hasta antes del terremoto de 1972) enseñaba sus habilidades de conversador, usando su trato igualitario, sin complicaciones, era en las «tertulias» consuetudinarias donde personas de diferente escala social, edad o militancia política o ingreso económico, se reunían todas las noches a comentar los sucesos diarios, tratándose de vos sin ningún miramiento a presumida distancia social. Para eso estaban los butacas, mecedoras o poltronas donde los «tertulianos», pontificaban.

En ese contexto, funcionaban en la vieja Managua, al menos cuatro concurridas tertulias como las de Rómulo Rosales (calle del Triunfo) Isidro Barrios (calle Candelaria), las hermanas Patiño (Barrio San Antonio) y durante toda la década de los setenta, en la Biblioteca de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal. Ahí casi todas las tardes (excepto sábado y domingo) el dueño de casa toleraba todas las críticas y observaciones a su periódico, aunque también lograba temas que después desarrollaba en editoriales.

A su vez, el dictador Somoza García, quien siempre se jactó de «campechano», mantuvo una instancia informal donde se encontraba a un nivel de camaradería con amigos especiales que le transmitían cuanto rumor y cuecho circulaban en la ciudad, que podía interesarle y los cuales no conseguía por canales oficiales.

A cambio de ello sus informantes le pedían favores especiales, el punto era que muchos de esos «tertulianos» quienes hubieran sido rechazados por la burocracia pala-

ciega si hubieran intentado una audiencia tenían oportunidades de expresar sus quejas a necesidades frente con el dictador. Ese sitio de encuentro era «la barbería» instalada en la parte baja de la Casa Presidencial.

Finalmente, durante el régimen revolucionario-sandinista (década de los ochenta) se eliminó el tratamiento de «usted» en el diálogo, lo mismo que el de «señor», sustituyéndolos por el tratamiento de «compa» o compañero, para hacer conciencia que todas las diferencias sociales habían sido barridas. Cuando alguien insistía en agregar señor a las fórmulas de saludo rutinario, el Policía recalaba con irritación: «los señores están en Miami».

Negativas

Mencionemos algunos rasgos negativos observados en la mayoría de los nicaragüenses:

a) Impuntualidad

Tenemos un menosprecio por el valor del tiempo, que expresamos en la impuntualidad a citas convenidas. El origen de esta actitud de minusvalía con que tomamos el tiempo, debe interpretarse como una visión distorsionada de aquél.

Para ALBA, «los latinoamericanos consideran: al pasado como una parte del presente. Quizás, agrega, eso sea lógico, pues como muestra la historia de América Latina, el presente no es básicamente distinto del pasado, ni los problemas –prescindiendo de su forma de presentación– no muy diferentes que aquellos que trataron de solucionar nuestras personalidades históricas».

Esa misma raíz tiene el cortoplacismo que trataremos más adelante. Bajo ese enfoque, el acontecer (pasado, presente o futuro) es apenas un eterno «presente»,

nada más que fragmentado, donde no hay conciencia de un pretérito ni el advenimiento obligado de un futuro, como unidades cronológicas distintas y aisladas. Desde tal perspectiva, no consideramos al tiempo como materia agotable, cuantificable y pasajera, sino que lo apreciamos como algo inagotable que está ahí permanentemente al alcance de la mano en cualquier momento, donde la persona puede insertarse a su propio arbitrio en el momento que más le convenga en el transcurso del tiempo, pues las circunstancias no parecen cambiar.

Quizás a ello se deba también la poca importancia que en general damos a la Historia, pues no tenemos conciencia de la necesidad de integrarla a nuestra experiencia. En esa misma línea figura el menosprecio que guardamos por la planificación del futuro.

Como dijimos antes, la falta de puntualidad tiene un elevado costo en todas las ocasiones del intercambio social y en las etapas de la producción. De ahí que no cause extrañeza escuchar en reuniones preparatorias de eventos de cualquier tipo, que alguien diga: hay que poner en la invitación que el acto se inicia a las nueve, para que podamos comenzar a las diez, dado que la gente empieza a llegar una hora después, ya que suelen asegurar que “una hora no es desplome”.

Otro dicho que refleja esa despreocupada actitud por el reloj, es aquello de hora nica, o bien «me agarró el tiempo».

b) Fabulación y mentira (güegüensismo)

Se ha dicho y con razón que faltar a la verdad es un signo de debilidad de la persona, demuestra todo con la mentira poca seguridad, en sí mismo. En el fondo revela miedo a encararse con lo auténtico y prefiere ocultarse

en una falsa información. Ese tipo de actitud ya dijimos que es la causa de la desconfianza, porque el interlocutor está siempre temiendo ser engañado, pues teme que la promesa que le han hecho quede incumplida.

La fabulación es un recurso habilidoso para encubrir una intención que no se quiere mostrar o para referir un evento que nunca sucedió como parte de una trama de sorprender a alguien. Por otra parte se emplea del halago, o las zalemas que en nuestra cultura vernácula se conoce como «guatusa», de esa manera se promete empleos, se exageran cualidades, se promete lealtad incondicional, y pagos que nunca llegan, manejando oculta la «higa» en el bolsillo del pantalón.

c) Trato confianzudo

Este rasgo de carácter del nicaragüense, que procede del mestizaje forjado en la colonia, es una expresión de complejo social, una manera de acortar artificialmente la distancia interpersonal tratando al interlocutor recientemente conocido, como si tuviésemos con él una antigua amistad. Ese es el origen del uso del «vos» empleado precozmente, seguido del abrazo dispensado a granel. A algunas personas ese «igualamiento» más bien les produce desconfianza.

d) Inconstancia y oportunismo

Es una actitud ante la vida en que no hay constancia en mantener las metas, emprendidas en un raptó de entusiasmo. La persona demuestra con ello que carece de convicciones firmes y, fuerza de voluntad para vencer los obstáculos. Prefiere por ello interrumpir la tarea iniciada y comenzar otra y así sucesivamente. Esa falta de perseverancia repercute lógicamente en el rendimiento y en

la confiabilidad, pues es bien sabido que los resultados de cualquier tarea no se alcanzan de inmediato. Esa manera de proceder también incuba suspicacia en el trato interpersonal, pues da la impresión de oportunismo y deslealtad con compromisos adquiridos. De ahí que no es extraño encontrar en el ámbito político personas que cambian de la noche a la mañana de partido político, según su conveniencia personal.

A su vez, MENDIETA enumera los siguientes defectos del carácter del centroamericano: pereza, enlazada con la debilidad física, sin asegurar si ésta viene de aquella o viceversa; falta de iniciativa, que es la poca tendencia a innovar; lujuria, lo mismo en las clases altas que en las medias y bajas; tristeza, como consecuencia de la vida licenciosa; impresionabilidad, tendencia a obrar conforme a la última impresión; volubilidad de carácter, producto de la anterior, o lo que es lo mismo cambio frecuente de decisiones; cobardía moral, una de las características del pueblo centroamericano, que no se atreve a contradecir; mentira, que no toma el riesgo de decir la verdad, constituyendo otra de las cualidades típicas del centroamericano, quien tiene horror a ser franco; vergüenza nacional, o sea, ocultan decir el país donde nacieron. MENDIETA finaliza su diagnóstico en su famosa obra *La enfermedad de Centroamérica*, afirmando que ninguno de los síntomas de la dolencia de nuestro pueblo es mortal, pues lo que ellos revelan son malas costumbres y nada más. El lector juzgará si todavía ese pronóstico está vigente.

Si nos hemos detenido en la enumeración de rasgos positivos y negativos es porque ellos integran la personalidad básica, la que a su vez, es la expresión de la cultura nicaragüense. A ese respecto señala JACKISH: "El análisis institucional no puede dejar de lado la dimensión

cultural. La cultura política de una sociedad, para que la misma se desarrolle dentro de un contexto de democracia, requiere que las instituciones democráticas, entre ellas los partidos políticos, cuenten con la adhesión personal y colectiva de la sociedad. Sobre la base de datos empíricos, la naturaleza de la relación entre la cultura política y el sistema de partidos, es fundamental”.

e) La formación de la personalidad básica

Antes de seguir adelante, conviene aclarar que hablar de valores y contravalores de la cultura política nicaragüense, implica reconocer un tipo básico de personalidad cultural propia. Este es un concepto que LINTON Y GARDINER describen como producto de la interacción sostenida del individuo con su ambiente sociocultural.

Esa mezcla produce la personalidad básica de los miembros de una sociedad, y se apoya en los siguientes postulados:

1. Que las tempranas experiencias de un individuo, que comparte desde su más tierna infancia, ejercen una influencia duradera, sobre todo en el sistema proyectivo.
2. Que experiencias similares tienden a producir personalidades similares en aquellos individuos que estuvieron sujetos a las mismas influencias.
3. Que las conductas que los miembros de cualquier sociedad emplean en el cuidado y crianza de sus hijos, son culturalmente diseñadas y perpetuables y tienden a ser similares aunque nunca idénticas, para cada individuo de las mismas familias de dicha sociedad.

1) Que las maneras de criar a los niños de una sociedad difiere de cualquiera otra.

Ahora bien, si esos postulados son correctos, estamos autorizados a afirmar que los miembros de una sociedad dada, tendrán en común muchos elementos arrastrados de sus experiencias tempranas.

Establecido el concepto cultura (material y conceptual) como algo envolvente y consubstancial al medio social, aunque a la vez flexible e influenciabile, nos referiremos ahora a sus variedades: artística, política, religiosa, militar, bancaria, burocrática, etc., que si es verdad que todos esos matices comparten elementos genéricos de la cultura nicaragüense, tiene cada una sus características particulares.

En Nicaragua, por ejemplo, donde hemos vivido un ambiente de intensa polarización política y donde la lucha por el poder¹⁵ está vinculada a la exclusión y la violencia, no es extraño que el carácter del nicaragüense sea proclive a resolver los conflictos a través de la confrontación y no por el diálogo y el acomodo.

Recuerdo al respecto una anécdota del general Emiliano Chamorro, cuando una vez compartiendo con un grupo de jóvenes éstos le hacían ver la importancia del Programa de Gobierno en un Partido y la difusión de aquél a través de la publicidad. A esa opinión, el caudillo sonrió y les dijo: “en este país lo que cuenta no son los papelitos, sino esto” (hizo como que tiraba del gatillo de un arma).

15 Un claro ejemplo de jugárselo todo se dio cuando el General Jerez sostuvo el fuego vivo en la línea del centro. Al oír su nombre gloriosamente “victoriado” por nuestros soldados, las fuerzas enemigas retrocedieron miserablemente. El León del Istmo; fue la personificación valiente entre los valientes. (Orden del día 24 de febrero de 1824, cuando Jerez anduvo en campaña en El Salvador apoyando a Gerardo Barrios).

De ahí que, la educación de los hijos esté impregnada muy a menudo de una atmósfera autoritaria en el hogar, sin distingo de clases sociales y donde se siguen las directrices del jefe de familia (varón o mujer). Ahí, la obediencia a los padres es el patrón más aceptado.

Otro detalle es la forma diferente en que era hasta hace poco criados los hijos varones y las hijas mujeres. Mientras con los primeros la disciplina suele ser más tolerante y permisiva, sobre todo en la conducta sexual, en cambio a las hijas se les considera depositarias del honor de la familia, adjudicándoseles a padres y hermanos el rol de guardianes del honor de aquéllas.

Esa misma distinción respecto a los géneros (varón y mujer) en la actividad política existía en Nicaragua antes de la revolución de los años ochenta. Durante la insurrección contra la dinastía Somoza las mujeres empezaron a participar más frecuentemente como organizadoras de grupos partidaristas e incluso en la lucha armada. También fue notable su asistencia a la universidad, aceptando empleos, asumiendo papel de dirigentes, formación de organizaciones femeninas, oficinas de defensa de los derechos de la mujer, etc.

También es frecuente que los hijos hereden por adscripción el lugar y privilegios que los padres conseguían en política, sobre todo si son participantes activos.

Podemos entonces concluir que el tipo de personalidad básica de cualquier persona de una sociedad, es aquella configuración del carácter que es compartida por la gran mayoría de los miembros de aquel grupo humano, como resultado de experiencias tempranas, que compartió, lo que ALMOND Y VERBA llaman en su clásica obra, la cultura cívica.

Los elementos que identifican a tal «cultura cívica» son:

- 1) Capacidad de solucionar los conflictos por diálogos y negociación, con rechazo de la violencia como instrumento.
- 2) Aceptación de la diversidad de puntos de vista, en el manejo de problemas.
- 3) Apego a un Estado de Derecho.
- 4) Interés del ciudadano en asociarse para participar en asuntos sociales, tomando parte por ejemplo en clubes, gremios, hobby compartidos, etc. Y por extensión, en partidos políticos o grupos de presión.
- 5) Posesión de una conciencia de identidad nacional y de cierta solidaridad compartida. Se trataría, en resumen, de una cultura democrática cuyos elementos básicos son: pluralismo y negociación.

En Nicaragua, lo que prevalece es exactamente lo contrario: individualismo, exclusión y violencia, salvo con la creación de derechos y deberes sean segmentos sociales de altos mandos o de la población social.

Ahora bien, entendemos por el concepto «cultura política», aquella posición o actitud que determinado grupo social, adopta y expresa sobre asuntos relacionados con la política. En otras palabras, estamos hablando de aquellas concepciones o juicios que un pueblo determinado ha internalizado sobre conocimiento, sentimiento y criterio del sistema político en que se haya inmerso.

Esto supone según ALMOND tres niveles de relaciones con la política:

- 1) **Inclinación a tener curiosidad por el sistema en general, como también sus actores y papeles respectivos (nivel informativo).**
- 2) **La aceptación o rechazo que tiene la persona del sistema y sus actores (nivel emocional).**
- 3) **El criterio final (nivel evaluativo y participativo) que adopta sobre la vida política.**

Abordando más en el tema, ALMOND describe tres grados o tipos de cultura política según su madurez:

- a) **El parroquial (el más elemental), en donde el nivel de información, sentimiento, evaluación y participación en política es casi cero. En consecuencia el ciudadano común mezcla y confunde lo religioso con lo político; lo personal con lo institucional.**
- b) **El nivel de supeditación, en el que si bien la persona dispone de algún conocimiento del sistema político, predomina la indiferencia y la pasividad hacia aquél.**
- c) **Finalmente, está el nivel más alto, en donde hay intenso involucramiento del ciudadano.**

Parece sencillo reconocer todos los apellidos de los nicaragüenses, pero el hecho de tener el mismo apellido no implica automáticamente que dos individuos puedan ser colocados juntos en ningún aspecto de la vida del país. Gente que se denigra e infama una a la otra, que conspira para destruirse mutuamente en el campo político o económico o que se amenazan para aliarse a tiros entre sí, pueden ser parientes sanguíneos o por matrimonio. *Nicaragua, Revolución en la Familia*. Shirley Christian, pág. 12. Edit. Sudamérica Planeta, Buenos Aires, Argentina, 1951.